

EL LIDERAZGO DE RAFAEL DEL RIEGO EN EL TRIENIO LIBERAL: SÍMBOLO Y TRASCENDENCIA

*Rafael del Riego's leadership during the Liberal Triennium:
symbol and importance*

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/RiCH.2021.i16.14>

Recibido: 10-1-2021

Aceptado: 22-4-2021

Publicado: 30-6-2021

Miriam Salinas Guirao
Universidad de Murcia, España
miriamsalinasguirao@gmail.com
ORCID  0000-0003-4349-9975

Como citar este artículo:

SALINAS GUIRAO, Miriam (2021). "El liderazgo de Rafael del Riego en el Trienio Liberal: símbolo y trascendencia", en *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, nº 16, 2021, pp. 300-322.
<http://dx.doi.org/10.12795/RiCH.2021.i16.14>

Resumen: *El liderazgo de Rafael del Riego se vio influido por los factores contextuales de su entorno: las corrientes liberales y románticas. Su figura se vio convertida en un símbolo cuya sombra propició su trascendencia. Su liderazgo ha sido estudiado atendiendo al enfoque situacional-contingente, ligándolo a sus circunstancias. Además, su perfil participativo ha permitido distinguir su calado simbólico. Las variables personalidad-conducta-contexto construyen una figura completa para enmarcar el calado posterior, tras su muerte, encumbrando a la persona en símbolo e iniciando su trascendencia.*

Palabras clave: *Rafael del Riego, Romanticismo, liberalismo, siglo XIX, Trienio liberal.*

Abstract: *Rafael del Riego's leadership was influenced by the contextual factors of his environment: the currents of thought of liberalism and Romanticism. His figure was turned into a symbol whose shadow favoured his importance. His guidance has been studied through a situational-contingent prism, tying him to the circumstances in which he lived. Furthermore, his participatory profile has made it possible to stand out his symbolic weight. His personality-behavior-context variables build a figure of its own and define his subsequent importance —after his death—, turning the man into a symbol and becoming the source of his transcendence.*

Keywords: *Rafael del Riego, Romanticism, liberalism, 19th century, Liberal Triennium.*

Introducción y metodología

El planteamiento general de esta investigación consiste en estudiar la influencia de los factores contextuales en la definición del liderazgo de Rafael del Riego durante el Trienio Liberal. El ámbito que estudia este trabajo se sitúa entre el contexto del Trienio Liberal, en el siglo XIX, y la trascendencia simbólica del liderazgo de Rafael del Riego. En relación con este planteamiento general, el trabajo tiene los siguientes objetivos: el estudio de los acontecimientos históricos y el escenario convulso, favorecido por las corrientes liberales y románticas, que influyeron en la definición de su liderazgo; el análisis del personaje en su contexto, y, cómo se vio influido por los sucesos sobrevenidos en su desarrollo y tras asentar las bases de su historia, se desemboca en un perfil exhaustivo, a través de bibliografía especializada de la personalidad simbólica que sobrepasa al líder y de su trascendencia.

La estructura expositiva de la investigación comienza, primero, situando los hitos sobrevenidos que desembocaron en el Pronunciamiento del 1820, concretamente se analizan las dos tendencias que influyeron en la creación del personaje: el liberalismo y el Romanticismo. Seguidamente, se tratará de enmarcar la aparición de Rafael del Riego y su huella histórica, a través de las descripciones de autores coetáneos al líder y de expertos del periodo mediante bibliografía especializada. La última parte se centra en el estudio del liderazgo de Rafael del Riego, a través de un análisis de la influencia

de las tendencias que repercuten en su contexto y de su recurrente utilización como símbolo de una etapa. Para remarcar los aspectos clave de su liderazgo se siguen las tipologías de diferentes autores.

En cuanto a la metodología, la consistencia de este trabajo presenta una doble vía: por un lado, se realizará un estudio de caso desde una perspectiva histórica-teórica sobre el periodo analizado, el Trienio Liberal. Para ello se empleará bibliografía de autores del periodo (Alcalá Galiano, Le Brun, Manuel José Quintana) y de analistas posteriores (Gil Novales, De Burgos, Llorèns, Navas, Valls). Por otro lado, se incidirá en los estudios de diversos autores (Barber, Weber, Martín Arranz, Natera, Díaz-Carrera, W.J.H Sport...) sobre liderazgo que posibilitará el escudriñamiento de la idiosincrasia de Rafael del Riego como símbolo. De este último se extraerá el estilo de liderazgo de Rafael del Riego en su contexto, así como su repercusión histórica amparada en la influencia de su historia.

El enfoque que se sigue para explicar su liderazgo es el situacional-contingente, es decir, el que explica cómo el contexto influye en la asunción de determinados liderazgos. Se emplea este enfoque porque da valor a las situaciones circunscritas a una etapa particular como hacedoras de las peculiaridades que demandan diferentes tipos de perfiles de liderazgo. Contempla que el desarrollo de un liderazgo depende de la interacción del personaje con su alrededor. En este caso, Rafael del Riego, con su sociedad y su circunstancia histórica. Pero la multitud de variables que podrían influir en una etapa deben verse limitadas a dos: el Romanticismo y el liberalismo, que son consideradas como parte de la cultura que imperaba en los seguidores de Riego. Así mismo se sitúa a Riego en una dimensión participativa, siguiendo a Blanchard y Hersey (1988), por la clara orientación a sus seguidores. Esta tipología permite descifrar la importancia de su calado simbólico en el pueblo (himno, leyenda) por el constante estímulo, el ímpetu y el interés exacerbado de Rafael del Riego en conectar con sus seguidores. Los hitos, que innegablemente se desarrollan durante una etapa, afectan en la construcción de los líderes, tanto en su momento -como en su recuerdo- como símbolo en la historia. Pero, a pesar de la necesidad de establecer el estudio de su personalidad a través del modelo situacional-contingente, se hace necesario analizar su conducta y sus rasgos personales, como un ejercicio que complementa el prisma de su liderazgo, como un conjunto que se superpone (contexto-persona). Es más, las características simbólicas de su liderazgo generadas tras su muerte precisan de un estudio basado en las repercusiones de su figura, en su periodo y en su devenir como símbolo. Y para conseguir una mayor profundidad de análisis se necesita dibujar los detalles de su figura, tanto para entender la construcción del símbolo como para establecer su trascendencia. Así pues, su estilo de liderazgo queda armado como un conjunto de variables que afectan a su desarrollo personal, quedando en este trabajo el estudio de sus circunstancias contextuales más importantes, los rasgos personales definitorios, y el resultado de la mezcla de las dos anteriores.

Especial importancia recibe la hemeroteca, que supone un eslabón fundamental para navegar entre las publicaciones decimonónicas y así poder contrastar la hipótesis. La bibliografía empleada versa, en gran medida, sobre la temática histórica, política y cultural. Se ha realizado un estudio de obras preclaras que sirven para recopilar testimonios, investigaciones y análisis de todos los temas que se contemplan. Se han seleccionado obras del siglo XIX, por su interés coetáneo, histórico y revelador de Rafael del Riego, y estudios del siglo XX y XXI que abordan los ensayos sobre liderazgo, la historia y la cultura, tres factores que arman este trabajo. Además, como recursos gráficos, se han utilizado documentales que analizan este periodo.

1 Resultados

El liderazgo de Rafael del Riego se halla ligado a su contexto. Dos tendencias influían en la vida decimonónica española durante el periodo analizado: el Romanticismo y el liberalismo. Ambas corrientes son las variables que se unen a su personalidad de liderazgo.

El liderazgo del personaje analizado revela la influencia de las circunstancias históricas: en particular por el Romanticismo y el liberalismo. La dimensión participativa, siguiendo a Blanchard y Hersey (1988), realza la orientación al exterior, a recibir de sus seguidores. Su liderazgo, orientado e influido por el entorno, se hizo dependiente de lo que lo rodeaba.

El escenario romántico e inestable aupó a Rafael del Riego: el patriotismo, la rebeldía, la ansiada libertad, y la intensa emocionalidad. El final de su liderazgo, coincidiendo con el final de su vida, revistieron a un hombre de leyenda, haciendo del nombre un símbolo y respaldando su trascendencia. Su influencia mitificada, tanto en el siglo XIX como en el siglo XX, permite atisbar un liderazgo carismático, siguiendo a Weber, lo mágico aupado por las circunstancias analizadas: el liberalismo y el Romanticismo tejieron una leyenda que sobrepasó el suceso histórico.

Su figura se empleó en las revoluciones decimonónicas españolas, incluso traspasó fronteras, y se volvió a usar un siglo después en la Segunda República española. Constituye, siguiendo el estudio de Sánchez (2018) “el símbolo más conocido y más controvertido en su tiempo de la cadena heroica del liberalismo español”.

El enfoque que se ha seguido para explicar su liderazgo ha sido el situacional-contingente para mostrar cómo el contexto influyó en la asunción de su liderazgo. Las tendencias que ocupaban la cultura de la época, el Romanticismo y el liberalismo, permitieron la construcción de su liderazgo. Se ha empleado este enfoque porque da

valor a estas situaciones como las creadoras de las circunstancias que demandan diferentes tipos de perfiles de liderazgo. Y Riego encajó en las necesidades históricas. Su figura heroica pudo beber del Romanticismo como lo hizo Napoleón, transformados en “héroes románticos”: “La vinculación de Riego con el Emperador a partir ya de mediados de 1822, potenció la incidencia política que tuvo el liberalismo español en la Europa de los años veinte, y dinamizó los movimientos revolucionarios de los liberales hasta la revolución francesa de 1830” (Castells y Roca, 2004).

Rafael del Riego generó una visión y un sentido que transmitió a sus seguidores con emotividad y sentimiento. Consolidó su liderazgo orientándose a sus partidarios, y estos lo hicieron más héroe después de su muerte. Lo invocaron como ejemplo de revolución y entrega, pero, sobre todo, como generador de una visión que estimulaba a todos a seguir. Traspasó el hilo del tiempo y del espacio: su figura llegó a otros países y su símbolo se hinchó un siglo después “para convertirse, ya en el siglo XX, en un símbolo de la lucha contra el fascismo” (Sánchez, 2018).

2 Discusión

El comienzo del siglo XIX español revistió la realidad nacional de interés político. Los vaivenes del Gobierno, las revoluciones vecinas y la invasión francesa alborotaron la vida de las gentes. El liberalismo y el Romanticismo recayeron en un terreno fértil y expectante. En palabras de Fuentes y Fernández: “La efervescencia es tan grande que a principios del siglo XIX, difuminados los límites entre literatura y política, hasta las banderías literarias se politizan” (Fuentes y Fernández, 1997: 30-31). En este escenario se van a fraguar las dos variables definitorias en el liderazgo de Rafael del Riego.

2.1 Las circunstancias históricas antes del pronunciamiento

Los moldes clásicos de la sociedad empezaron a dotarse de voz crítica, la intensa actividad política y social de principios de siglo resquebrajó estructuras como la monarquía que debían defenderse públicamente por medio de “escritos apologéticos y oraciones ad hoc” (Fuentes y Fernández, 1997: 32). Safranski asegura que “con la revolución surge una nueva comprensión de la política, primero en Francia y luego por doquier en Europa. La política, que antes era una especialidad de la corte, puede entenderse ahora como una empresa capaz de convertirse en asunto del corazón” (2009: 36). De 1808 a 1814 la historia de España se salpica de encuentros. María Cruz Seoane recuerda “el motín de Aranjuez por el que Carlos IV se ve obligado a abdicar en

su hijo Fernando VII; devolución por parte de este de la corona a su padre, que a su vez renunciará a sus derechos al trono español a favor de Napoleón; insurrección popular; creación de las Juntas Provinciales y de la Junta Central; convocatoria de Cortes que, reunidas en Cádiz elaboran una constitución revolucionaria basada en el principio de la soberanía nacional...” (1989: 26). El efecto de la ola revolucionaria que fue surcando Europa tiñó las naciones de nuevas actitudes. En España, el levantamiento adquirió “un carácter marcadamente patriótico, que luego se torna liberal” (Valls, 1988: 61-62). La explosión intelectual se manifestó en el periodismo, en obras de circunstancias, canciones y poesías patrióticas con el mismo fin: llegar e influir en el público (Seoane, 1989: 28). Esta necesidad de contener y preservar la atención del público la recogió Rafael del Riego. Coincidiendo con la tipología descrita en el enfoque situacional-contingente, es decir, el que atiende a los efectos del contexto como creadores de las variables que influyen en la asunción de determinados liderazgos. Riego se vio inmerso en esta actitud decimonónica, romántica, de llamar la atención emotiva de los espectadores, los seguidores... del público.

La invasión francesa y la consiguiente Guerra de Independencia Española permitieron que se centrara en Cádiz todo el ardid del Gobierno. Durante este periodo (1808-1814) se fueron enconando tres posturas. Por un lado, los partidarios de José I, y por otro lado, el bando de los patriotas que se dividieron en dos: liberales y serviles. La efervescencia política se reflejaba en el ajetreo de la prensa: nacían y morían periódicos diariamente, además de la profusión de folletos y escritos no periódicos. Las obras consultadas recogen el término “diarrea de las imprentas”¹ para referirse a la agitación de las publicaciones. Durante estos años inestables se fue forjando el liberalismo español, primer elemento que bordea la actitud del tiempo de Riego.

El liberalismo español queda encuadrado, casi idealmente, en su época. (...) Como no podía ser menos, la circunstancia incorporaba rasgos propios, que configuran una especificidad natural. Entre ellos, el hundimiento del Estado en 1808, con el colapso de una organización política muy particular, la de la Monarquía hispánica, supranacional, de hondas raíces europeas y vocación universal. (...) La multitud de episodios violentos, la accidentada trayectoria, incluso el heroísmo, que muchas veces han ocultado el sentido de fondo, tiñen toda esta historia de una tonalidad atormentada, bastante novelesca y no poco romántica (Marco, 1998: 10-12).

El liberalismo español se reviste de un matiz robusto original, señalado como romántico, clasicista, ilustrado y castizo. El liderazgo de Rafael del Riego beberá de esta tendencia, que sobrepasó los límites nacionales, haciendo de sus factores su propia personalidad. El pensamiento liberal clásico hunde sus raíces en la actitud reformista, generadora de instrumentos que regulan la libertad y de instrumentos defensivos, al

1 El término lo utiliza Seoane (1989) y Fuentes y Fernández (1997).

mismo tiempo, esta idea entronca con el liberalismo que define Carlos Plá como Liberalismo Continental.

La formación del liberalismo en un escenario de actividad intensa hace innegable su vinculación a la contienda generadora de nuevos debates y dilemas. El origen del término más cercano al actual se sitúa en Cádiz en 1811. Pero las peculiaridades del liberalismo español fueron dadas por la cultura que ya imperaba en el territorio: “El proceso germinativo del liberalismo español, al margen de la catarsis creada por la invasión napoleónica, la circunstancia bélica extrema inmediata y sus secuelas (vacío de poder, intromisión británica, fragmentación territorial), está sujeto a una serie de condicionantes determinantes de las formulaciones liberales en nuestro país” (Marco, 1998: 10-12). Estos son, continúa el autor: la carencia de base socioeconómica de apoyo a propuesta liberales, la vigencia de mentalidades tradicionalistas y antiliberales, el peso de la “historia gloriosa” favorecido por el contexto romántico, la crisis endémica de la Hacienda Pública y la inexistencia de aparato estatal.

El liberalismo español se formuló como una actitud, por tanto, de rebeldía frente al orden impuesto, pero que no supo concretar durante su desarrollo primigenio respuesta a las deficiencias del Estado. Rafael del Riego se materializó como símbolo liberal español, de intento de cambio, de exaltada reivindicación, pero cuyos resultados quedaron relegados al ámbito cultural generador de arquetipos de lucha. De lo castizo y de las actitudes imperantes nace también el rumor romántico. El concepto, en palabras de Flitter, “sigue siendo para los estudiosos de la literatura no solo una fértil fuente de ideas sino, lo que es más desconcertante, una confusa maraña de enunciados contradictorios” (Flitter, 1995: 1). Para enmarcar lo romántico hay que huir de las divisiones establecidas por la profusión de obras que cumplen una serie de requisitos. El conjunto de rasgos que establecen el cambio de actitud en la sociedad se encontraba antes de la creación literaria.

El estado de la cuestión romántica sigue dividiendo a los autores: unos establecen el periodo durante la publicación literaria, y otros durante la aparición de lo romántico en las gentes del país. Los últimos comprenden la sociedad y sus productos como un sistema que se retroalimenta (Aguado, 2004). Esto es, incluyen las expresiones humanas dentro de su universo próximo. Romero (1994: 9) aboga por establecer al país como el escenario privilegiado para el “existir romántico”. Safranski, a su vez, sentencia: “El Romanticismo es una época. Lo romántico es una actitud del espíritu que no se circunscribe a una época” (2009: 14).

Menéndez Pelayo encontraba el origen del error a la hora de delimitar la época: el triunfo de la literatura romántica: “Este no se cumplió hasta 1834 ó 1835, pero desde principios de siglo y aun desde fines del anterior, venían notándose en España, síntomas de rebelión contra el falso clasicismo, importado de Francia; ¿y cómo no, si para encontrar una forma más amplia y simpática, sólo tenían nuestros artistas que

volver los ojos a los monumentos olvidados del arte nacional?” (1883, reed.1942: 260). Julián Marías apoya la misma actitud: “La vida española está inmersa en el Romanticismo desde 1812, aproximadamente, pero se vierte literariamente durante tres lustros en moldes neoclásicos. La literatura romántica es tardía respecto de la vida, y en esta medida se hace pronto inauténtica” (Julián Marías, 1959). También Vicens Vives apoya lo romántico antes que su expresión definitiva (1950): “Si el Romanticismo existió, y de ello caben pocas dudas, porque fue ya afirmación en sus creadores, existió primero en cuanto a hecho social, difuso en el seno de la sociedad y transparente en alguno de sus miembros; y luego, como mentalidad propia de una o dos generaciones, capaz de imponer un estilo a cuanto se emprendiera”. En definitiva, el Romanticismo español se mostró a comienzo de siglo y obtuvo unos rasgos propios innegables. Desde su origen, irrumpe como un movimiento de repulsa del orden anterior,

es multiforme, musical, rico en prospecciones y tentaciones, ama la lejanía del futuro y la del pasado, las sorpresas en lo cotidiano, los extremos, lo inconsciente, el suelo, la locura, los laberintos de la reflexión. El espíritu romántico no se mantiene idéntico; más bien, se transforma y es contradictorio, es añorante y cínico, alocado hasta lo incomprensible y popular, irónico y exaltado, enamorado de sí mismo y sociable, al mismo tiempo consciente y disolvente de la forma (Safranski, 2009, p.15).

Y es que en los primeros años del siglo XIX España estaba asistiendo a un proceso de cambio, lo que propulsó la conformación de la exaltación de las emociones, la rebeldía, el fervor patriótico y la reivindicación de la libertad, banderas de lo romántico.

En 1814 se encuentra documentada la polémica sobre la existencia del Romanticismo en España entre Nicolás Böhl de Faber y Joaquín de Mora (Navas, 1990: 36), pero no solo ellos, la prensa diaria, las revistas, las tertulias como las de los salones de la condesa de Jaruco en Madrid o las de doña Francisca Larrea de Böhl de Faber (Lloréns, 1989: 235), los cafés, el surgimiento de los regionalismos...

La España inculta que acaparaba la mayor parte de la sociedad se veía inmersa en el trajín político debido a la tradición oral que, primero de boca a boca, luego en plazas, en los círculos de prensa y en los gabinetes de lectura, posibilitaron la transmisión de la actualidad y las leyendas. Entre otros autores, Lloréns (1989) y Valls (1988) alzan como cauce transmisor de la cultura la tradición oral. La causante de que en la España de Cervantes (Valls, 1988: 36) el pueblo conociera las obras de caballerías. Tanto es así que la figura de Riego pronto llegaría al dominio público ensalzando su liderazgo simbólico.

El nacimiento de la conciencia nacional y el celo por elevar al pueblo al altar de la opinión (Fuentes y Fernández, 1997: 51) son fenómenos ligados al contexto: el

Romanticismo. Y de este fenómeno surgen ejemplos que lo confirman. Uno de esos ejemplos fue Rafael del Riego, quien tomaría del liberalismo y del Romanticismo las dos variables definitorias en el estilo de liderazgo. Esta delimitación contextual obedece a los enunciados del enfoque situacional-contingente en su estudio de la influencia de los factores situacionales en la forja de los liderazgos. Riego bebió de las dos tendencias de su época, para orientarse a sus seguidores. Recogió el patriotismo, la actitud de lucha, la rebeldía, la visceralidad, la emotividad y el recuerdo de una grandeza pasada para crear su liderazgo. Estos condicionantes le sirvieron para dirigirse casi exclusivamente a sus seguidores como valedores de su fuerza, condición última de su recuerdo trascendental.

El 11 de diciembre de 1813 Napoleón reconoce a Fernando VII como rey de España por el Tratado de Valençay. Unos meses más tarde, el 16 de abril de 1814 “El Deseado” hace su entrada triunfal en Valencia; ese mismo día, el *Diario de la Ciudad de Valencia del Cid* sustituyó el renglón -“Año tercero de la Constitución”- que colocaba bajo la fecha por “Año primero de la restauración en su Trono de nuestro adorado Monarca el señor D. Fernando VII” (Seoane, 1989: 78). El 4 de mayo será abolida la Constitución, y con ello la libertad. La Inquisición se restableció como fórmula de enlace con la Edad Media. Con el decreto de 25 de abril de 1815 quedaron prohibidos todos los periódicos, a excepción, hecha en Madrid, de la Gaceta y el Diario. Unos años después fueron autorizadas las publicaciones que trataban sobre temas científicos, técnicos y literarios. “El hecho informativo escrito como lo entienden los liberales, es decir, con contenidos políticos y económicos –el concepto liberal del periódico–, es para el absolutismo algo a destruir. Destruyendo los periódicos se puede destruir el liberalismo. Para el absolutismo, el periódico tiene que dejar cualquier contenido de clase: los temas específicos tienen que ceñirse a las ciencias, las artes, el progreso” (Valls, 1988: 77).

Eliminados los cauces de pensamiento oficiales, las inquietudes y el motor de cambio se fue definiendo al margen de la vida pública. Durante esta etapa vacía de impulso oficial, se fue gestando la actitud crítica que movió a Riego a jurar la Constitución.

2.2 Rafael del Riego en su contexto

Desde el regreso de Fernando VII, no dejaron de haber intentonas insurrectas. La que definitivamente triunfó fue la de Riego en 1820 que extendió la rebelión por la que el rey se vio obligado a jurar la Constitución. Se inicia pues una nueva etapa constitucional que durará tres años hasta que las tropas de la Santa Alianza recompongan a Fernando VII como rey absoluto. Comenzó un “tiempo excepcional de la política y de lo político porque en él se produce la confluencia de las aspiraciones inaplicadas del primer constitucionalismo forjado en Cádiz y el preludio interrumpido

del proyecto liberal español que se materializará a lo largo del siglo XIX” (Rújula y Frasquet, 2020).

La figura de Riego ya era conocida en España, la ahondada tradición oral sumó un nuevo elemento: el gabinete de lectura, como el de la Puerta del Sol en Madrid que permitía la lectura de todos los periódicos por un cuarto cada uno (Seoane, 1989: 92). Pronto aparecieron los cafés, como el de Levante, que ofrecía por un cuarto cada periódico y por otro la silla, además no imponía límite de tiempo y ofrecía no solo prensa de Madrid, también de provincias (Seoane, 1989: 92).

Así corría, rápida, la extensión del héroe, la construcción de un mito que sobrepasaba a la persona para adecuarse a la figura que el pueblo necesitaba (Sánchez, 2016). Riego salió de la trinchera en 1820 cuando irrumpió como personaje clave de la historia de España.

Siguiendo a Sánchez (2015: 210) el absolutismo se vio herido ante la oleada revolucionaria que irrumpió desde el sur con una “marcha por Andalucía de una mítica e imaginada columna de Riego y una política de silencio informativo absolutista que consiguió desconcertar incluso a sus más favorables partidarios”. La voz publicada y la voz popular llevaron a Riego por toda la geografía consiguiendo que “un fracaso militar se convirtiera en una revolución que permitió la restauración de la Constitución de Cádiz” (Sánchez, 2015: 210).

Su recuerdo de leyenda lo hizo heredero de la revolución del Trienio Liberal (1820-1823) “e incluso después transmutada en el Himno de su nombre, en símbolo otra vez, ya definitivo, de los impulsos revolucionarios más nobles del pueblo español” (Novales, 1976: 11). Aunque terriblemente popular, Riego no quiso poseer tales privilegios. En palabras de Novales “le faltó talento político y perspicacia y le sobró bondad, por lo que su vida pública, pasado el momento inicial, fue un continuo fracaso, al que acompaña, un poco en sordina, la queja continua del protagonista” (Novales, 1976: 11).

Cuando estalló la Guerra de Independencia, Riego fue hecho prisionero en Francia, lo que le inculcó un carácter de lucha y un espíritu rebelde: “De la propia actuación pública de Riego, se desprende su amplio liberalismo²” (Novales, 1976: 15). Al igual que el liberalismo español no se puede entender sin su marco contextual (el Romanticismo), la personalidad de Riego obedece a las dos grandes influencias de su tiempo.

Los rasgos enumerados sobre el liberalismo se definen en ese Riego que aparece ondeando la Constitución el primero de enero de 1820. Estos profundizan en el

² Los principales trabajos sobre Riego sostienen que su vínculo original con el liberalismo bebe de la intelectualidad ilustrada española.

carácter tradicionalista y castizo, reformista pero anclado a los moldes que no podía romper. Riego defendió durante el Trienio el patriotismo, la división de poderes, y la representación del pueblo en Cortes. Después de la sublevación de 1820 persiguió la legalidad de la Constitución con obstinada insistencia. Formulaba, como parte del progreso, la asimilación, sin condiciones, de los preceptos recuperados. La idea de libertad iba amparada bajo la Constitución y Riego, como férreo bastión, se erigió en caudillo de esa libertad (Novales, 1976: 14).

Para hacer un perfil más honesto al personaje es necesario adentrarse en lo que sus coetáneos dijeron de él: Alcalá Galiano dijo en sus *Memorias* que era un “célebre personaje que figuraba en primer término en la historia de España de aquellos días” (*Memorias*, capítulo XXIV). Sus descripciones sobre el personaje siempre fueron extremadamente críticas³. El autor, aun así, refleja una excitación colectiva ante la presencia del personaje que reclama ese efecto visceral que dominaba la sociedad romántica: “Oía vivas a su persona, y cantares en los que él hacía parte, con una voz nada dulce y no muy fino oído, tras de lo cual hablaban a turbas más o menos numerosas que a oírle acudían, (...) y pasados algunos días de ruido en una población, se trasladaba a otra a repetir la función que en las anteriores se le había oído” (*Memorias*). Rafael del Riego se enfocaba en sus seguidores como una suerte de redención de su carga de responsabilidad. Siguiendo los postulados del liderazgo situacional, Riego se valió de sus propias cualidades personales (que a su vez obedecían al espacio cultural) para hacer de su persona el líder que la sociedad demandaba.

Carlos Le Brun en *Retratos políticos de la Revolución de España* (1826: 47-51) resaltaba de Riego su sentido patriotismo, condición liberal y romántica. Bajo el sobrenombre de Le Brun se esconde el autor del periódico *El Zurriago* (Félix Mejía), quien no escatimaba en proporcionar sobre el personaje una defensa sentida: “Riego, no como ajusticiado, a quien ha hecho desaparecer el patíbulo y la servil adulación, sino como héroe, salvador de su país, que vive aun su vida benéfica y gloriosa, que nosotros le estamos ahora mismo continuando aquí en estos apuntes, y el alma de cada español le perpetúa en su amor y reconocimiento y en los homenajes que le tributan a su nombre y memoria, que han hecho Fernando y el cadalso más duradera”.

Estas pinceladas heroicas, escritas bajo el paraguas del Romanticismo sirvieron para engrandecer su tradición simbólica. Otro gran personaje del siglo XIX español habló de Riego, este es Manuel José Quintana en *Cartas a Lord Holland* (De Burgos, 2013) sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional. Sobre el personaje

³ Al principio lo consideró como “un personaje de escasa nota”, con “alguna instrucción aunque corta y superficial; no muy agudo de ingenio, ni sano discurso; condición arrebatada; valor impetuoso, y sed de gloria que, consumiéndole, buscaba satisfacerse ya en hechos de noble arrojo o de generoso desprendimiento, ya en puerilidades de una vanidad indecible”.

se atrevió a señalar el error liberal que persiguió a los exaltados: la exigencia bañada de incumplimiento⁴.

Equivocaba él, como casi todos sus secuaces, los medios de adquirir con los medios de conservar, y su ocupación más grata y más frecuente era concitar los ánimos de la muchedumbre y halagar las pasiones del vulgo para adquirirse una popularidad más aparente y efímera que sólida y verdadera. (...) No diré yo a los honrados sentimientos que abriga en su pecho no repugnase entonces toda idea de tiranía y dominación. Pero su vanidad se alimentaba con el sueño agradable de que llegaría la época de manifestar este desprendimiento; y el que aseguró públicamente una vez que no sería Cromwell de su país, descubrió por lo menos la confianza en que estaba de que los destinos de su país vendrían a ponerse en sus manos.

Y efectivamente, Riego supo alimentar las esperanzas de sus seguidores, haciendo parte de una visión reformista, de cambio.

Riego, tanto como para sus detractores como para sus seguidores, era un hombre dotado de palabra y de un sentido de la responsabilidad amartillado por su carrera militar. Se sentía parte importante de la revolución y sostenía con visceralidad y vigor sus más sentidos argumentos para reafirmar su cometido. Reafirmaba, sin percatarse, las técnicas románticas basadas en lo emotivo y en el sentimentalismo. Producto de su tiempo, manejaba la inestabilidad aplicándole la unión patriótica propia del liberalismo. Cuando proclamó la Constitución en Las Cabezas, sus hombres no fueron conscientes de que habían triunfado por la oleada que se extendió al resto de España, en especial, a las ciudades costeras. “Comenzaron en La Coruña el 21 de febrero y siguieron en Zaragoza, Tarragona, Segovia, Pamplona, Barcelona y Cádiz” (Fontana, 2007: 96). La difusión⁵ se dotó de toques épicos y de mayores hazañas, lo que conformó un espíritu rebelde que conmovió al resto de los insurrectos. El motivo de su triunfo quedó relevado ante la innegable fuerza de su propagación.

La ya analizada España de comienzos del siglo XIX vivía en un continuo rumor, la nueva realidad se impuso y se disipó como parte de la agitación reinante. Todos los que le hicieron líder entonando el Trágala y El Himno de Riego, rápidamente cambiaron la música por el “¡Viva las caenas!”. “La revolución iniciada por Riego no encontró prácticamente resistencia. De forma que la minoría liberal se hizo con el poder sin una palabra ni un gesto de protesta por parte de la masa del país. Pues, como quisiera que fuera, guste o no, la mayor parte de los españoles aceptaron el nuevo orden

4 Andrés Borrego consideró esta actitud como “una de las plagas que conoció aquella situación”; con la particularidad de que todos esgrimían a gritos su liberalismo o sus “padecimientos” durante la “tiranía”, con tal de obtener los puestos que apetecían. Alcalá Galiano también reivindicó esta situación.

5 La bibliografía coetánea relaciona el triunfo con logias masónicas y con la urgencia de los militares para no abandonar España para luchar en las Indias.

constitucional “no por la Constitución, sino por el Rey”, que la había jurado y ordenarlo jurarla” (Manuel Moreno, 2013: 73). De su fuente de fuerza para encumbrar su liderazgo extrajo los puñales más dolorosos de su derrota definitiva frente al patíbulo. Pero, no tardo su memoria en hacerse valedora de una leyenda.

Es indudable que de la noche a la mañana “Riego alcanzó una fama extraordinaria” (Manuel Moreno, 2013: 132). Se forjó tras su muerte su liderazgo carismático de marea construida y se le elevó a héroe de la libertad. Su popularidad era tal, que cuando llegaba el día de San Rafael, sus admiradores lo celebraban bebidos cantando el Trágala. Gil Novales (1980: 3) afirma que nunca nadie ha tenido tanta fama en España.

En cuanto al terreno político, España asistía a una especie de catarsis política, de liberación animal, donde la única actitud válida era ser liberal. Dentro de este grupo se forjaron dos tendencias, que de una u otra manera, buscaban la libertad: moderados y exaltados. Estos últimos se apropiaron de la competencia simbólica “para redefinir la imagen del héroe” y apropiar su figura “en torno a su obediencia constitucional, su capacidad de intervención para profundizar en las reformas” (Sánchez, 2021: 150). Los primeros, los moderados, “buscaban establecer otro liberalismo pactado con los antiguos privilegiados y regido por un texto infinitamente más conservador que la Constitución de 1812” (Alvargonzález, 2017: 94). Ante las presiones de ambos bandos se decantaba por la voluntad popular y regía en las decisiones con ausencia de mando. Esta característica definitoria orienta su estilo de liderazgo a sus seguidores como baluartes de sus decisiones, estimuladores de su desarrollo y condicionantes de su historia. En palabras de Juan Rico y Amat (De Burgos, 2013): “Ni la revolución estaba organizada ni su ídolo tenía nada de Cromwell”.

La brevedad y las tensiones internas dejaron poca oportunidad de generar transformaciones sociales, aunque el ajetreo propio del siglo XIX reivindicó la aparición de comunidades que ejercían labores del pensamiento y la política. En el espíritu reformista de Cádiz y en el Trienio Liberal el Clasicismo reservado deja el paso a los sentimientos románticos. Estos se manifiestan en el ahondado deseo de libertad que muestran primero ante los franceses y después frente al poder reaccionario de Fernando VII. “Los sucesos de 1814-1820 habían abierto la brecha entre las dos generaciones de liberales. La vieja generación no había desempeñado una parte importante en la revolución de 1820: y sin embargo los dirigentes de 1810-1814 suponían que el liderazgo natural del movimiento liberal les correspondía solamente a ellos” (Hamnett, 1985: 265). El patriotismo, el fervor popular y el clamor rebelde sientan las primeras bases del Romanticismo español. Y Riego fue ejemplo de todas.

2.3 Símbolo y trascendencia

Riego se define en una doble simbología: la romántica y la liberal. La trascendencia de su liderazgo se vio aupada por estas dos ideas que lo hicieron leyenda. El historiador Manuel Moreno Alonso (De Burgos, 2013) asegura que “su acción de proclamar por su cuenta la Constitución de Cádiz el 1 de enero de 1820 le convirtió en un símbolo sagrado del liberalismo español”; precisamente el término ‘símbolo’ se usa para designar a un elemento que por asociación representa una idea, condición o entidad. Y no solamente fue Riego símbolo del liberalismo, también lo fue del Romanticismo que reinaba en su época. Pero, ¿hasta dónde llega el simbolismo?

La figura de Riego se consolidó como un símbolo de libertad y de heroísmo romántico y fueron esos dos aspectos los que encumbraron, también, su liderazgo y su trascendencia. Durante el siglo XIX se fue consolidando “una leyenda liberal, izquierdista y aun izquierdosa, que encuentra en Riego su fetiche” (Novales, 1976: 18). Su popularidad volvió a resurgir, incluso con más fuerza, como héroe de la libertad en la Segunda República (siglo XX), recuperada su leyenda por la autora Carmen de Burgos, entre otros.

Desde el levantamiento en Las Cabezas se erigió como símbolo de la idea de libertad que anhelaba el pueblo ungido por las nuevas corrientes (liberalismo y Romanticismo) y por el éxito del triunfo popular: “la parsimonia o la mala suerte ajena le convirtieron de repente en el único héroe. Él se había limitado a cumplir con su deber, no solamente pronunciándose en Las Cabezas, sino con su expedición andaluza, destinada a salvar la muy comprometida revolución; y se encontró de repente transmutado en héroe, en símbolo” (Novales, 1976: 15). En palabras del historiador Manuel Moreno (De Burgos, 2013) “aquel militar hasta entonces desconocido de treinta y seis años, que pasó de comandante a capitán general, se convirtió en un mito de la lucha por la libertad y en símbolo del progreso y la democracia. Un mito asumido por las generaciones posteriores con un fervor y militancia incomparables. Hasta el extremo de que, como escribió Unamuno, y se recoge en De Burgos (2013), “un hombre que lo fue de carne y hueso, se convirtió en un himno”.

Fue tanto su símbolo, que una vez asesinado, aparecieron sociedades secretas, como los Hijos predilectos de Riego o los Vengadores de Riego, al igual que en vida, algunas sociedades patrióticas se habían titulado como ‘Los Virtuosos Descamisados Hijos de Riego’. Cowley (1928) aseguró que “el líder es quien consigue que otros le sigan”. Y Riego lo consiguió. Lo consiguió como una respuesta heredada de la fe que él depositaba en sus seguidores, de su orientación a mover al pueblo, de encontrar apoyo. Riego perdió la partida mucho antes de su fin trágico. Fue asesinado por ser el símbolo del liberalismo y la rebeldía romántica, y aunque el final de sus días fue decadente, el martirio y las malas decisiones le ayudaron a revestirlo con mayores notas de heroicidad.

Siguiendo a Moreno, en las Cortes de Sevilla, el general comenzó a ver traidores en todas partes, comenzó a tomar decisiones arbitrarias producto de su desconfianza. Cuando fue hecho prisionero en Arquillos, y, posteriormente, ajusticiado en la Plaza de Cebada, como menciona Galdós en *El Terror de 1824*, como “la causa del revolucionario más célebre de su tiempo”, el pueblo estaba más preocupado de lo que vendría con la vuelta de Fernando que del castigo de Riego. Algunos de los presentes gritaban, como relata Gil Novales en *Prisión y Muerte de Riego* “-¡Muera el traidor!”. Galdós lo narra en *El Terror de 1824* como “un hombre que sube a gatas la escalera del patíbulo besando uno a uno todos los escalones; un verdugo que le suspende y se arroja con él, dándole un bofetón después que ha expirado; un ruin canalla que, al verle en el aire, grita: “Viva el Rey”.

Su terrible muerte lo convirtió, como explica Moreno, en “el primer mártir de la libertad”. Se sucedió a su fin la forja de una leyenda que trascendió el ámbito nacional. Le Brun lo hizo héroe del liberalismo y del republicanismo al lado de George Washington, Lafayette o Simón Bolívar en su novela. En Londres en 1825 se estrenaba la tragedia *Spanish Martyrs or Death of Riego*, de H.M. Milner. Y es que la Constitución de 1812 no fue un hito hasta su defensa por parte de Riego. Entonces fue implantada en Portugal, Nápoles, Piamonte...

En Francia se publicaba una *Histoire de la révolution d'Espagne* en 1820. El pronunciamiento de Riego inspiró la revuelta militar de los decembristas en Rusia, en 1825. El escenario era el proclive para la generación de un símbolo, de un líder, y con su muerte, se afianzó todavía más esta idea. En palabras de Orazio M. Petracca: “El liderazgo es un papel que se desempeña en un contexto específico de interacción y refleja en sí mismo (y en su cometido) la situación de este contexto; manifiesta ciertas motivaciones del líder y requiere ciertos atributos de personalidad y habilidad, además de ciertos recursos en general, que son todos (motivaciones, atributos y recursos) variables del papel en función de su contexto; está ligado a las expectativas de sus seguidores, con sus recursos, sus demandas y sus actitudes” (1982: 945).

De vuelta al inicio de su liderazgo, en la proclamación de la Constitución en Las Cabezas, Riego se encontró en el momento perfecto. Los militares destinados a las Indias a luchar a tierras lejanas solo necesitaban un estímulo para desechar las imposiciones y reconquistar las libertades. No faltaron atributos de palabra y motivos viscerales para alentarlos a reivindicar la Constitución de 1812 y reafirmar la ola liberal que ya surcaba España.

Siguiendo a Blanchard y Hersey (1988), mostraba un estilo participativo, porque a pesar de su entusiasmo liberal y su patriotismo comprometido, no pudo alcanzar un perfil activo en la culminación de tareas. Aun así, su fuerte fue la orientación a conseguir el favor de su pueblo. Con igual importancia se deben tratar las peculiaridades de su conducta y de sus rasgos personales, como un complemento de

su perfil de liderazgo. Así pues, Pigors hablaba de un proceso de estímulo mutuo, de una visión conjunta para establecer un liderazgo efectivo (Pigors, 1953). La idea la recuperan los profesores Antonio Natera y César Díaz-Carrera con la “materialización cooperativa de una visión” (2014). También Max DePree (1989) alerta de la necesidad de “definir la realidad” como un proceso de encuentro y de aliento entre los seguidores y el líder.

Riego encontró una razón preciosa y un contexto favorable para caminar hacia una visión común, un futuro posible y alcanzable. Su necesidad de orientarse al pueblo le aupó a hacer más asequible su recuerdo como héroe. El sentido, siguiendo la línea marcada por Natera y Díaz Carrera (2014), aúna el significado y la orientación. Riego dio coherencia –significado- a la realidad preclara de proclamar la Constitución: primero otorgó una causa común, un acto simbólico de comunión y de defensa del grupo, de reafirmación del sentido. También dotó de orientación: de Las Cabezas, a toda España. Si bien es cierto que el levantamiento triunfó por su oleada contagiosa en diferentes comunidades del país, los liberales siguieron la estela iniciada por el general, en un acto de recuperación del sentido y del futuro común. Surgió un grupo cohesionado con una visión compartida, y el liderazgo, como explica Martín Arranz (1987), es un proceso colectivo que requiere de seguidores y de líderes. Riego recibió la autoridad que depositaron en él sus partidarios para construir un proceso espontáneo de generación de intereses compartidos. Como expone Natera (2014): “Quizá la función básica de los líderes sea la de proporcionar rumbo, impulso o dirección a las estructuras políticas”. A efectos meramente analíticos es posible dividir la función de impulso político en dos componentes esenciales: la función de diagnóstico y prescripción de cursos de acción; y la función de movilización o búsqueda de apoyos (Natera, 2001: 40). Riego encontró una oportunidad y movilizó los apoyos suficientes para llevarla a término. Siguiendo a Young (1974), el líder no es más que la proyección simbólica de un ideal, en este caso era una idea de liberalización de las órdenes. Durante su etapa disfrutó de menos elogios que tras su muerte, donde la simbología alcanzó el parnaso de la libertad en un hombre.

Se reafirmó su oratoria, su valía y sus dotes de mando. El momento acompañó para enaltecer su liderazgo. El devenir romántico permitió dotar de un sentimentalismo exacerbado el quehacer del general. Su muerte, en el cadalso, en la plaza de la Cebada, ante todos, no hizo más que alimentar su liderazgo para hacerlo leyenda. Por tanto, las exigencias del momento –sucesos históricos y culturales- permitieron que Riego se forjara como líder, pero contribuyó, sobremanera, a su reutilización en épocas posteriores. Carnerero (1838) lo definía como una persona sencilla y modesta, sin deseo de ambición. Y fue su carácter llano lo que permitió a la población sentirse identificada y parte en su misión. Su profundo sentido de la responsabilidad fue fraguado en su trayectoria militar. Así lo definía Novales: “Como militar es acaso el más civil con que ha contado España. Su ánimo es siempre obediente y legalista, aun a

riesgo de que su acción se convierta en ventaja contrarrevolucionaria: en estos casos, él no se da cuenta, o se da cuenta tarde, y cree siempre remediarlo con una apelación a la razón (como si los demás jugasen con las mismas armas que él)” (Novales, 1976: 13).

En el año 1807 ingresó en la Compañía Americana de Guardias de la Real Persona. Ya durante la Guerra de la Independencia fue hecho prisionero, en abril de 1808 en El Escorial, pero se escapó rumbo a Asturias. Fue apresado de nuevo en León pero por el bando patriota, que lo consideraron partidario de Napoleón. Pudo resolver la situación y llegar a Asturias, donde fue nombrado capitán en la división del general Vicente Acevedo. De nuevo fue apresado y llevado a Francia. Su salida en 1814 fue un proceso de creación de un espíritu de lucha y de recuperación de las normas promulgadas en la Constitución de 1812. Él fue el que inició la revolución proclamando el 1 de enero de 1820 en Las Cabezas de San Juan la Constitución.

Su andadura durante el Trienio fue una lucha constante: ocupó diferentes puestos en el ejército, en 1821 fue elegido diputado a Cortes, ocupando en marzo de 1822 su presidencia. Su personalidad quedó como testimonio de la personificación de una época. Y su liderazgo se desprende de su actividad política. El escrutinio de sus acciones, que definen su personalidad, permite establecer su liderazgo. Resulta fundamental presentar el escenario contextual de su interpretación.

La incidencia de la personalidad en el cómputo del líder delimita ciertos caracteres que sirven para dibujar al personaje. Se requiere contextualizar el escenario de actuación, no solo en el momento del liderazgo, sino también durante la creación de las oportunidades para desarrollarlo. “Para entender lo que hacen los presidentes y lo que podrían hacer los presidentes potenciales, la primera necesidad es ver al hombre en su totalidad -no como una encarnación abstracta de la virtud cívica, un cuadro de mando de problemas o un reflejo de una facción, sino como un ser humano, como el resto de nosotros, una persona que intenta hacer frente a un entorno difícil. En esa tarea aporta su propio carácter, su propia visión del mundo, su propio estilo político”. (Barber, 1985)⁶. En palabras de Barber, los líderes no pueden desligarse de su personalidad. Y si la desvinculación de la personalidad es imposible, desprenderse de la situación histórica y social también lo es. Según la tipología de Jean Lacouture (1972:77), Riego se encuadra en dos liderazgos complementarios. Sería el líder por destino, que no duda de ser el necesario y el legítimo. El general creía en sí mismo y en la relación con sus seguidores. Además fue líder por promoción histórica: en función de las circunstancias, y de la misión, reagrupó la visión común y enaltecó la bandera

⁶ Traducción de la obra original: “To understand what actual presidents do and what potential presidents might do, the first need is to see the man whole—not as some abstract embodiment of civic virtue, some scorecard of issue stands, or some reflection of a faction, but as a human being like the rest of us, a person trying to cope with a difficult environment. To that task he brings his own character, his own view of the world, his own political style”.

de la conquista. El general, por tanto, constituía un símbolo, una muestra de libertad y rebeldía, y además, gozó de un escenario perfecto. Siguiendo a W.J.H Sprott (1968) y Young (1974) las dotes de emoción elevada y poco autocrítica, permitieron que sus seguidores se sintieran unidos, además de por la visión, por un sentimiento profundo de necesidad emocional. “Pero es que, además de la predicha identificación personal con el líder caracterizada por la obediencia y la veneración, los seguidores participan de otra identificación, la que se da entre ellos mismos, entre sí, significada a su vez por los sentimientos de amor y simpatía recíprocos, y que podrían designarse como fraternidad y cooperación con el líder, en la dirección del objetivo que este señala” (Álvarez Junco, 1987: 84). Es especial el caso de Riego porque de su liderazgo simbólico que trascendió su época (y se elevó), se revistió de un liderazgo carismático construido. Carisma entendido como explica Weber (1977): “La cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares, de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas –o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro–, o como enviados del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder”. Como sigue el autor, “el carisma es la gran fuerza revolucionaria en épocas ligadas a la tradición”, y el siglo XIX, y en especial el Romanticismo, viven de la idealización de épocas anteriores. Martín Arranz (1987) explica que “el despliegue de la autoridad no es solo racional-intelectual, sino también comunicación emotiva y afectiva”, lo que aupó la construcción simbólica y carismática como la utilización del influjo –de contrapeso y de aliento–⁷.

Su muerte en la Plaza de la Cebada no acabó con su historia. Recuperado durante la Segunda República Española, Riego se quedaría hecho canción, y leyenda. Los recursos de la creación del héroe se encuentran en parte en el inicio de su insurrección. Pocos días después se creó el Himno de Riego. El historiador británico Raymond Carr decía, como se recoge en De Burgos (2013): “No es del todo absurdo que el Himno de Riego se convirtiera en el himno del liberalismo”, pues “aunque vano hasta lo pueril, era valiente, decidido y el único con la suficiente fuerza de voluntad como para persistir en la revolución hasta el colapso del régimen”.

En el año 1822, en abril pocos días después de ser elegido presidente de las Cortes, se aprobó su declaración como himno nacional. Moreno (2013) relata en el Prólogo de Carmen de Burgos: “Terminada la revolución del 20, lo mismo en las filas del ejército que en las algaradas callejeras se convirtió en un símbolo de la libertad, llegando a afirmarse que jamás canto alguno fue tan popular para inflamar a la muchedumbre.” El himno se volvió a utilizar durante la Segunda República al terminar todos los actos oficiales. Rafael del Riego, liberal y romántico. De himno a símbolo, de hombre a líder.

⁷ Se referían a él como ‘mártir de la libertad’.

Conclusiones

El desarrollo de este estudio ha proporcionado las claves para entender la importancia del contexto en la forja de un liderazgo. Tras el estudio del liderazgo de Rafael del Riego se puede concluir que se vio favorecido por las circunstancias históricas que lo rodearon, en particular por el Romanticismo y el liberalismo. Su estilo de liderazgo se definió por su clara dimensión participativa. Este estilo ya fue descrito por Blanchard y Hersey (1988), esto es, su liderazgo se orientó, en todo momento, a recibir la aprobación de sus seguidores. Destinó sus discursos, su oratoria, sus proclamas e incluso su himno a enaltecer el valor del pueblo, por ello se vio comprometido con lo que demandaban sus seguidores.

Formuló una visión compartida, una meta alcanzable y pretenciosa que empujaba. No pudo conformar un perfil de mando operativo ni resolutivo, aunque inició una de las oleadas revolucionarias más importantes del siglo XIX.

Su liderazgo se valió de sus dotes lingüísticas y su infinita entrega. Del liberalismo quedó en su personalidad la actitud de lucha por el cambio, del Romanticismo tomó el intenso patriotismo, la emocionalidad y la emotividad. Para relatar la relación de influencia se ha analizado la figura de Riego desde su aparición en el Trienio Liberal hasta su muerte. El capítulo destinado a las circunstancias antes del pronunciamiento arroja luz sobre los dos movimientos que envuelven toda su etapa de estudio: el Romanticismo y el liberalismo. Del capítulo que le sigue se extrae su figura como líder y como ejemplo de su época. Definitivamente, la última parte de este estudio permite conocer cómo se erigió símbolo y cómo su liderazgo logró erigirse trascendental, tanto fuera como dentro de España. Rafael del Riego consiguió cambiar el curso de los acontecimientos con su levantamiento el primero de enero de 1820.

Esta investigación revela cómo lideró a un grupo de hombres, al principio, para liderar la lucha liberal, poco después. La corriente romántica y la inestabilidad decimonónica hacían el escenario especial, y Rafael del Riego, producto de su tiempo, pudo manejar los aspectos clave: el patriotismo, la rebeldía, la ansiada libertad, y la intensa emocionalidad. Sus seguidores, siguiendo a W.J.H Sprott (1968) y Young (1974), se vieron unidos por una visión compartida, de cambio, de libertad, que aunaba la emocionalidad elevada y la escasa determinación reinante en el siglo XIX. El ocaso de su vida y la fatalidad de su asesinato tiñeron con la tinta del martirio su liderazgo. Esta condición asombró su figura para hacerla símbolo, y encumbrarla a influir tanto en el siglo XIX como el siglo XX. Del estudio de su liderazgo en el Trienio Liberal se extrae la fuerte personificación de una etapa. Este concepto enlaza con la descripción del liderazgo carismático que propuso Weber, su ardid mágico, elevado por sus circunstancias, lo envolvieron en un tul de leyenda que le valió para hacer de su persona, un espacio de la historia. Y fue esa personificación, analizada en este trabajo, la que completó su trascendencia simbólica y su fuerte legado. Fuerte, por su peso

muchísimos años después de su muerte. El recorrido de estas páginas nos revela su impronta en las revoluciones liberales europeas y en diferentes periodos de la historia de España (Sexenio Revolucionario, Segunda República...). No solo se hizo canción, himno, y bandera de una etapa, se elevó como símbolo, como líder y como figura trascendental de la historia.

Referencias bibliográficas

- ALCALÁ GALIANO, A. (1886): *Memorias*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- (2003): *Recuerdos de un anciano*, Biblioteca Virtual Universal.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (1987): *Populismo, Caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, CIS.
- ALVARGONZÁLEZ, M. (2017): *El pensamiento político de Rafael del Riego y su ruptura con los moderados*, Revista Historia Autónoma, 11.
- BARBER, J.D. (1985): *The Presidential Character* (3rd Edition). Estados Unidos, Prentice-Hall.
- (2017). *The Presidential Character: Predicting Performance in the White House*, Biblioteca Digital Hispánica. Disponible en internet (29-01-2017): <http://spot.colorado.edu/~mcguire/BARBERSC.html>
- BORDERÍA, E., LAGUNA, A. Y MARTÍNEZ, F.A. (1998): *Historia de la Comunicación Social*, Madrid, ED Síntesis.
- CARANTOÑA, F. (2014): “1820, una revolución mediterránea. El impacto en España de los acontecimientos de Portugal, Italia y Grecia”, Spagna Contemporánea, 46.
- CARNERERO, J.M. (1838): “Apuntes históricos de Don Rafael del Riego” en *Memorias contemporáneas o sea Colección Histórica de sucesos de nuestros días, principalmente los relativos a las grandes escenas políticas de que España es teatro de 30 años a esta parte*, Madrid, Imprensa de Boix.
- CASTELLS, I Y ROCA, J. (2004): “Napoleón y el mito del héroe romántico. Su proyección en España (1815-1831)”, Hispania Nova, 4.
- CASTELLS, I. (1989): “La Constitución de 1812 y su proyección en los movimientos liberales europeos del primer tercio del siglo XIX”, Trocadero, 1.
- DÍAZ-CARRERA, C. Y NATERA, A. (2014): “Capítulo 7. El líder como generador de sentido” en *El coraje de liderar*, Madrid, Tecnos.

- (2014): "Capítulo 11. ¿Qué necesitan aprender hoy los líderes del futuro?: Una perspectiva europea" en *El coraje de liderar*, Madrid, Tecnos.
- DE BURGOS, C. (2013): *Gloriosa vida y desdichada muerte de Riego*, Estudio introductorio de Manuel Moreno Alonso, España, Renacimiento.
- DE PREE, M. (1989): *Leadership is an Art*, Nueva York, Dell Bantam Doubleday.
- FLITTER, D. (1995): *Teoría y crítica del Romanticismo español*, University Press.
- FRASQUET, I. (2008): "La senda revolucionaria del liberalismo doceañista en España y México, 1820-1824" en *Revista de Indias*, Vol. LXVIII, núm. 242, P. 153-180.
- FUENTES, J.F. Y FERNÁNDEZ, J. (1997): *Historia del Periodismo Español*, Madrid, Síntesis.
- GIL NOVALES, A. (1980): *El Trienio Liberal*, Siglo XXI, Madrid.
- (1976): *Rafael del Riego: La Revolución de 1820, día a día*, Madrid, Tecnos.
- HAMNETT, B. R. (1985): *La Política española en una época revolucionaria, 1790-1820*, México.
- HERSEY, P. y BLANCHARD, K.H. (1988): *Management of organizational behavior: Utilizing human resources*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
- LACOUTURE, J. (1972): *Los semidioses. Nasser, Burguiba, Shianuk, Nkrumah*, Madrid, Cuadernos para el diálogo.
- LA PARRA, E. (2007): *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis.
- LE BRUN, C. (1826): *Retratos políticos de la Revolución de España*, Filadelfia.
- LLORÈNS, V. (1989): *El Romanticismo español*, 2ª Edición, Madrid, Castalia.
- (1979): *Liberales y románticos*, 3ª Edición, España, Castalia.
- MARCO, J.M. (1998): *Genealogía del liberalismo español, 1759-1931*, Madrid, Fundación para el análisis y los estudios sociales.
- MARÍAS, J. (1959): *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente
- MARTÍN ARRANZ, R. (1987): "El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo" en J. Alvarez Junco, comp., *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

- MENÉNDEZ, P. (1942): *Adiciones a Otto von Leixner, Nuestro siglo. Reseña histórica de los más importantes acontecimientos sociales, artísticos, científicos e industriales de nuestra época*, España, Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria.
- NAVAS, R. (1990): *El Romanticismo Español. Historia y crítica*, Madrid, Anaya.
- NATERA, A. (2014): “El liderazgo político como proceso: una mirada integradora”, en *El coraje de liderar*, Madrid, Tecnos.
- (2001): *El liderazgo político en la sociedad democrática*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- PIZARROSO, A. (1992): *De la Gazeta Nueva a Canal Plus: breve historia de los medios de comunicación en España*, Madrid, Ed Complutense.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2001): *El terror de 1824*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- (2007): *La Fontana de Oro*, España, Alianza Editorial.
- ROMERO, L. (1994): *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia.
- RÚJULA, P y FRASQUET, I. (2020): *El Trienio Liberal. Una mirada política (1820-1823)*, Granada, Comares.
- SAFRANSKI, R. (2009): *Romanticismo: una odisea del espíritu alemán*, España, Tusquets Editores.
- SÁNCHEZ, R. (2018): “El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX”, *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, 13.
- (2021): De la exaltación virtuosa y los verdaderos liberales: Riego ante la fractura del liberalismo exaltado durante el Trienio Constitucional (1822-1823), *Pasado y Memoria*, 22.
- (2016): *Rafael del Riego, símbolo de la revolución liberal*, Tesis doctoral dirigida por Emilio La Parra López (dir. tes.), Rafael Zurita Aldeguer (codir. tes.), Universidad de Alicante.
- (2015): “De rebeldes derrotados y revoluciones triunfantes. La sublevación del Ejército Expedicionario en 1820: del fracaso militar al éxito político”, en BENGOCHEA TIRADO, Enrique, MONZÓN PERTEJO, Elena, PÉREZ SARMIENTO, David (coords.), *Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*, Valencia, Universitat de València, Asociación de Historia Contemporánea, pp. 206-210.

SÁNCHEZ, V. (2012): “*El héroe revolucionario en el parlamento. La labor como diputado de Rafael del Riego (1822-1823)*”, en *Las Cortes de Cádiz y la Historia Parlamentaria*, Universidad de Cádiz.

SÁNCHEZ, V. (2011): “Riego y su himno en la política simbólico-nacional de la II República”, en BARRIO ALONSO, Ángeles, DE HOYOS PUENTE, Jorge y SAAVEDRA ARIAS, Rebeca, (coords.), *Actas del X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santander.

SEOANE, M C. (1989): *Historia del periodismo en España, II. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial.

VALLS, J F. (1988): *Prensa y burguesía en el XIX español*, Barcelona, Anthropos.

WEBER, M. (1919): *La política como vocación*. Colegio Oficial de Psicólogos de Madrid. Disponible en internet (29-01-2017): <http://www.copmadrid.es/webcopm/recursos/pol1.pdf>